

PAULA SIBILIA

El hombre postorgánico

Cuerpo, subjetividad
y tecnologías digitales

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA



5. Biopoder

La privatización de las biopolíticas

Hoy el arte de controlar los espíritus está en vías de convertirse en una ciencia. Los practicantes de esta ciencia saben lo que están haciendo y por qué. Son guiados en su obra por medio de hipótesis firmemente establecidas sobre una gran masa de datos experimentalmente constatados.

ALDOUS HUXLEY¹

La injusticia ya no será más un escándalo [...] en una sociedad de clases aplacada biopolíticamente, en la que uno como siervo de sí mismo lleva su propio capital humano personal al mercado. Mientras la presión del problema social crece, las utopías de justicia son relevadas por fantasías de selección biopolítica.

THOMAS ASSHEUER²

¹ Aldous Huxley, *Regreso ao Admirável Mundo Novo*, San Pablo, Hemus, 1973, p. 17 [trad. esp.: *Nueva visita a un mundo feliz*, Barcelona, Edhasa, 1989].

² Thomas Assheuer, "El proyecto Zaratustra. El filósofo Peter Sloterdijk exige una revisión técnico-genética de la

Las vidas humanas se revisten y están constantemente atravesadas, de los modos más diversos, por los saberes y poderes que configuran una determinada época. Actualmente, las maneras como eso sucede están en plena mutación, acompañando las transformaciones de las últimas décadas. Es lícito sospechar, por lo tanto, que también se estén produciendo importantes cambios en la administración de los procesos biológicos y de los cuerpos humanos, tarea que suele recaer en manos de las más diversas instituciones sociopolíticas y tecnocientíficas. Para incitar la reflexión sobre esas rupturas, habrá que examinar lo que ocurría en plena sociedad industrial y en las formaciones históricas precedentes, con el fin de detectar mutaciones y cartografiar sus sentidos.

Según Foucault, uno de los fenómenos más significativos de las sociedades industriales fue la adquisición de poder sobre el hombre en tanto ser vivo: una suerte de "estatización de lo biológico". Esa especie de secuestro de la vida fue implementado de manera sistemática y racional a través de las *biopolíticas*, es decir, toda una gama de dispositivos de poder que apuntaba a las *poblaciones*. Este último concepto alude a un conjunto de seres vivos que comparten un determinado espacio, con sus rasgos biológicos parti-

humanidad", en *Confinés*, Buenos Aires, núm. 8, enero-julio de 2000, pp. 23-25.

culares, y que pueden ser reconfigurados mediante el uso de técnicas y saberes específicos. Todos los Estados de la era industrial implementaron sus biopolíticas de planificación, regulación y prevención, con el objetivo de intervenir en las condiciones de vida para imponerles normas y adaptarlas a un determinado proyecto nacional. Esas estrategias de poder comenzaron a delinearse a fines del siglo XVIII, pero se desarrollaron plenamente durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX.

Entre los motivos de su aparición, figura una nueva concepción de la vida. En la época en que Darwin dio a conocer los mecanismos de la naturaleza, los fenómenos biológicos propios de la *especie humana* ingresaron en los ámbitos del saber y del poder conformando de todo un arsenal de técnicas para controlarlos y modificarlos. Fue así como nació la idea de *población* como un problema político, que lógicamente debía ser administrado y explotado por el Estado. Según la definición de Foucault, las biopolíticas son "la manera como se intentó, desde el siglo XVIII, racionalizar los problemas propuestos a la práctica gubernamental por los fenómenos propios de un conjunto de seres vivos constituidos en población: salud, higiene, natalidad, razas".³ Muy pronto, la novedad histórica adquirió enorme impor-

³ Michel Foucault, "1978-1979: Nascimento da biopolítica", en *Resumo dos cursos do Collège de France (1970-1982)*, Río de Janeiro, Jorge Zahar, 1997, p. 89.

tancia económica y política, y se erigió como uno de los pilares de la sociedad industrial.

Ese conjunto de estrategias estatales se complementó con otra serie de dispositivos y medidas, también característicos de la era industrial: aquellos que apuntaban a disciplinar los cuerpos individuales. En las instituciones de encierro (escuelas, fábricas, hospitales, prisiones), éstos últimos pretendían interiorizar la vigilancia mediante castigos normalizadores, además del ordenamiento racional del tiempo y la distribución de los cuerpos en el espacio. Basados en los saberes provistos por las ciencias humanas —a través de sus métodos clásicos: confesión, observación y examen—, esos mecanismos pretendían aumentar la fuerza útil de los cuerpos individuales mediante un entrenamiento minuciosamente organizado, la docilización de los cuerpos y la domesticación de las almas.

Ambos vectores —*disciplina* y *biopolíticas*— se articularon en el contexto del capitalismo industrial, como dos conjuntos de técnicas orientadas a perpetuar su buen funcionamiento. Mientras el primer eje se dirigía al *hombre-cuerpo*, en el seno de una anatomía política que entrenaba y lubricaba los organismos mecanizados de la sociedad industrial (con su impulso *individualizante*), el segundo enfocaba al *hombre-especie*, blanco de una biología política que reglamentaba los factores vitales de las poblaciones (con su impulso *masificante*). Aunque cada uno de estos dos vectores desplegaba un conjunto específico de meca-

nismos y dispositivos de poder, ambos constituían instrumentos de normalización destinados a maximizar y expropiar las fuerzas humanas, para optimizar su utilidad. La implementación estaba a cargo de una serie de instituciones (médicas, educativas, administrativas) con funciones claramente normalizadoras; es decir: distribuían a los sujetos en concordancia con la norma, estableciendo los límites que definirían los comportamientos *normales* y catalogando todos los *desvíos* posibles.

Para situar mejor estos procesos y comprender sus efectos de poder en los cuerpos y en las poblaciones, puede ser ilustrativo consultar las crónicas del *flâneur* que deambulaba por las calles de París a mediados del siglo XIX, seguido por la mirada atenta de Walter Benjamin. En esos famosos relatos, el autor rescata un cierto malestar y toma nota de los pequeños rechazos suscitados por la amplia red de control que, desde la Revolución Francesa, “había amarrado la vida civil cada vez más firmemente en sus mallas”.⁴ Reflan así las tentativas gubernamentales de poner un chaleco de fuerza en la confusa organización urbana de aquella época, propiciando su ordenamiento para sujetar y normalizar a sus habitantes. Fue necesaria cierta violencia para implementar las políticas de higiene y planificación urbana, y también para doblegar las diversas resistencias de la población, tanto de extracción prole-

⁴ Walter Benjamin, *op. cit.*, pp. 75-79.

taria como burguesa. La numeración de las residencias, por ejemplo, no se aceptó dócilmente: “cuando se le pregunta por la dirección a uno de los vecinos de este suburbio, siempre responderá el nombre que su casa ostentaba y no el frío número oficial”, denuncian los archivos exhumados por Benjamin.

Algo semejante ocurrió con la iluminación nocturna de las calles, primero por medio de faroles a gas y después por el “brutal fulgor” de la luz eléctrica. Un contrariado Edgar A. Poe se quejó de esa pertinaz “lucha contra el anochecer”, mientras Robert L. Stevenson expresaba su indignación asociando la iniciativa con tretas dignas de las instituciones de encierro: “esa luz sólo debería caer sobre asesinos o criminales de la calle o, si no, iluminar el camino en los manicomios; fue hecha para aumentar el terror”. Las manifestaciones de estos escritores no constituyen voces aisladas. Aunque no hayan podido impedir la implantación triunfal de las medidas organizadoras, toda una serie de críticas, malestares e intransigencias fue emergiendo de los rincones de las ciudades. Medidas que, como interpreta Benjamin, “compensaban la pérdida de rastros a través de una múltiple caricatura de registros”.

Fue así como se impusieron los procesos analógicos de clasificación de la *población* y fijación del *individuo* en la *masa*, en las ciudades dirigidas por los ritmos mecánicos del capitalismo industrial, sofocando la pequeña rebeldía de las singularidades. De todas maneras, algunas palabras y otras huellas de esos procesos se

conservaron en el tiempo, como esta deliciosa queja de Balzac sobre “las mujeres de Francia” en *Modeste Mignon*: “Bien que os gustaría permanecer desconocidas para tejer vuestra pequeña novela de amor.” Pero todo conspira contra ese romántico deseo de anonimato: “¿Cómo queréis hacer eso en una civilización que manda registrar en las plazas públicas la llegada y salida de los carruajes, que cuenta las cartas y las sella una vez en el despacho y otra vez al entregarlas, que pone números a las casas y que pronto tendrá a todo el país catastrado hasta su más mínimo detalle?”

Además, fue instaurada una serie de procedimientos cuyo objetivo era modernizar y “purificar” los cuerpos: higiene, normas de conducta, salud, disciplina, limpieza, orden. Es aquello que Norbert Elias denominó *proceso civilizador*: un encuadramiento gradual y persistente del tiempo, el espacio y los cuerpos en las ciudades industriales que se reproducían como hongos en los paisajes occidentales.⁵ Pero no fue nada fácil imponer esa catequesis de la higiene y la salud: la proeza demandó cierta violencia, con la intervención de la policía y otros dispositivos de control poco amables, aunque muy eficaces en su rigurosa tarea de disciplinar y purificar.⁶ La *ética*

⁵ Norbert Elias, *El proceso de civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989. Véase también Georges Vigarello, *O limpo e o sujo: uma história da higiene corporal*, San Pablo, Martins Fontes, 1996.

⁶ George Rosen, *Da Polícia Médica à Medicina Social: Ensaio sobre a história da assistência médica*, Río de Janeiro, Graal, 1980.

protestante fue un ingrediente fundamental en esa dura implantación del “espíritu del capitalismo” y su credo científico, de acuerdo con los célebres análisis de Max Weber.⁷ Las prácticas ascéticas, la moral del trabajo, la organización racional de la vida cotidiana, la veneración del orden y la autodisciplina contribuyeron a lograr algo nada fácil: ortopedizar los cuerpos para adecuarlos a los modos de vida urbanos y al individualismo exigido por el capitalismo industrial.

Todos esos registros, medidas y controles fueron implementados de manera gradual, con la minuciosidad paciente y laboriosa que caracteriza a las metodologías prometeicas. Debido a su complejidad centralizada en el aparato estatal, la aparición histórica de las biopolíticas fue levemente posterior al surgimiento de las técnicas disciplinarias, pero sus estrategias sólo pudieron arraigarse en la población gracias a ese trabajo previo operado en los cuerpos individuales. Pues el objetivo de las biopolíticas era organizar la vida, cultivarla, protegerla, garantizarla, multiplicarla, regularla; en fin: controlar y compensar sus contingencias, delimitando sus posibilidades biológicas al encuadrarlas en un formato preestablecido y definido como *normal*. De esa manera, empezaron a administrarse de manera racional y efectiva todos los procesos inherentes a las poblaciones vivas:

⁷ Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Buenos Aires, Andrómeda, 2004.

natalidad, mortalidad, morbilidad, procreación, lactancia, epidemias, endemias, envejecimiento, incapacidades físicas y efectos del medio ambiente.

Tanto la elaboración como la ejecución de las biopolíticas a través de las instituciones estatales sólo fueron viables en la era moderna, gracias a la acumulación de conocimientos científicos basados en la observación y el examen (medir, evaluar, clasificar, jerarquizar) y a la capacidad de efectuar un procesamiento centralizado de toda esa información mediante saberes enteramente nuevos, tales como la estadística y la demografía. A partir de los datos recolectados meticulosamente entre los ciudadanos de los Estados nacionales, los profesionales de las nuevas ciencias humanas y sociales calculaban previsiones, índices, promedios, estimaciones y probabilidades. Así fue posible intervenir racionalmente en el sustrato biológico de las poblaciones, con leyes y medidas sanitarias, planificaciones reproductivas, campañas de aprendizaje en salud pública, propagación de hábitos de higiene y prevención de enfermedades. El objetivo de las biopolíticas era dominar el inefable azar que afecta a toda población de seres vivos; en definitiva, establecer mecanismos capaces de estimular la natalidad, prolongar la vida, prevenir epidemias, regularizar la extensión e intensidad de las enfermedades. La meta era, por lo tanto, controlar los diversos factores de sustracción de fuerzas y disminución del tiempo de trabajo de los ciudadanos, además de reducir los costos

de los eventuales tratamientos médicos. Un proyecto titánico, digno ejemplo de las prometeicas ambiciones de aquella tecnociencia estatizada.

Frente a las complejas estrategias políticas desarrolladas en la era industrial, resulta evidente que en las sociedades preindustriales (régimen vertebrados por una forma de poder que Foucault denominó "soberana"), el control ejercido sobre la vida de los sujetos era menos intenso. Aunque más sombrío y absoluto, más puntual y fatal. En esos casos, el derecho a la vida sólo era ejercido con la muerte: el monarca podía encomendar el fusilamiento de sus súbditos, o bien podía mandarlos a morir en las guerras. La dinámica de ese tipo de poder consistía en *hacer morir*, porque se basaba en el derecho a confiscar: era una prerrogativa del soberano la captura de bienes, cuerpos, tiempo y vidas. Aún así, en los intersticios de ese magno poder de muerte, las autoridades monárquicas simplemente *dejaban vivir*. Pero las formas jurídicas cristalizadas en el prometeico siglo XIX enunciaron un tipo de derecho completamente distinto: *hacer vivir y dejar morir*. O sea: administrar las vidas. Se trata de una verdadera transición desde la soberanía sobre la muerte hacia la meticulosa reglamentación de la vida, que inauguró la era de la disciplina y sus biopolíticas estatales. Ésa es la configuración que adquieren las redes de poder en las sociedades industriales, conformando una dinámica que Foucault sistematizó con el nombre de *biopoder*: un tipo de poder que apunta directamente a

la vida y es fundamental para el desarrollo del capitalismo, ya que su objetivo consiste en producir fuerzas, hacerlas crecer, ordenarlas y canalizarlas, en vez de obstruirlas o destruirlas.

Esa administración de las fuerzas vitales de los ciudadanos encontró apoyo en los conocimientos científicos de tipo prometeico, que proyectaron su accionar sobre la materia biológica de los seres humanos, un incesante impulso regulador y correctivo. Porque *todas las vidas*, a lo largo de *toda la vida*, debían entrar en la mira de los dispositivos políticos: las vidas de todos los hombres, durante todo el tiempo. Esa gestión permanente del biopoder sólo podría emprenderse con la ayuda de herramientas tecnocientíficas que se dirigieran a los dos polos antes mencionados: el cuerpo individual (anatómico) y el cuerpo de la población (biológico). La meta de ese proyecto bipolar de *ortopedia social*, sin embargo, era una sola: la inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción, ajustando los fenómenos concernientes a la población a los procesos económicos. En otras palabras: el objetivo era potenciar las fuerzas vitales, pero evitando que se tornen difíciles de sujetar, y convertirlas en recursos útiles para los intereses del capitalismo industrial. En síntesis: un formateo de cuerpos y almas cuya meta era la *productividad*.

Gracias a la diseminación de esas estrategias, se construyó una importante figura sociopolítica y económica: el *trabajador*. Nació así el obrero, uno de los

protagonistas de la gran epopeya industrial. Porque no es cierto que el trabajo, tal como fue definido en la era mecánica, constituya “la esencia natural del hombre”; para que semejante rasgo pasase a estructurar los cuerpos y las subjetividades occidentales, hubo que efectuar una complicada operación biopolítica y disciplinaria. En las cinco conferencias que integran el libro *La verdad y las formas jurídicas*, dictadas en Río de Janeiro en 1973, Foucault explica que en el siglo XIX se hizo necesario articular toda una serie de instituciones paralelas al sistema penitenciario, que fueran capaces de remozarlo en su función normalizadora. Al extender sus controles a la vida entera de todos los individuos, el proyecto del biopoder era demasiado ambicioso: requería la participación de una serie de establecimientos pedagógicos y sanitarios calcados del modelo de la cárcel, dedicados a labrar incesantemente todos los cuerpos y todas las almas. Al pasar del nivel micro al macro, entran en escena los fuertes Estados nacionales del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX, cuyas biopolíticas apuntaban directamente al núcleo vivo de las poblaciones nacionales. Fue así cómo las sociedades industriales generaron las diversas levas de obreros, destinadas a saciar los voraces engranajes de la producción fabril.

En *Normas para el parque humano*, Peter Sloterdijk juega –ya desde el título– con los conceptos ideados por Platón en su diálogo *El político*. En aquel texto clásico, el filósofo griego sugería que el genuino arte de la

política no sería más que “el cuidado voluntariamente ofrecido [...] de rebaños de seres vivos que lo aceptan voluntariamente”. De modo que la actividad política como “arte de pastorear hombres” consistiría en la mera elaboración de “normas para administrar parques humanos”, en una expresión que evoca tanto los parques industriales y la mecanización de la vida como los jardines zoológicos y la domesticación de animales. Tras esa incursión en los orígenes del pensamiento occidental, el filósofo alemán concluye que la cuestión fundamental en la actualidad sería “verificar si entre población y administración existe una diferencia sólo gradual, o una diferencia de especie”.⁸ En términos todavía menos pudorosos, la pregunta podría glosarse así: desde el punto de vista político, ¿en qué aspectos divergen una población de hombres y un conjunto de mecanismos o de animales domésticos? ¿La distinción atañe a la calidad, o se trata de una mera variación cuantitativa? Antes de responder (o para evitar hacerlo), vale recordar la extrema semejanza entre seres humanos y chimpancés, confirmada recientemente por los biólogos moleculares. Como vimos, basta cotejar las cifras genéticas de ambas especies: es idéntica nada menos que el 96% de la información contenida en sus códigos vitales. Una pequeña diferencia, mínima y meramente cuantitativa. Pero aun sin necesidad de

⁸ Peter Sloterdijk, *Regras para o parque humano*, op. cit., p. 52.

recurrir a esas verdades digitales que fluyen de las ecuaciones de la vida, la provocación lanzada por Sloterdijk resonó con bastante fuerza en los debates intelectuales sobre la nueva tecnociencia, cuyas propuestas fáusticas de borramiento de límites anuncian un futuro biopolíticamente amenazador, que actualiza algunos conceptos muy delicados para la tradición occidental: rebaño, pastores, gente voluntariamente dócil.

Ese “gobierno de los vivos” que viene estudiándose y practicándose despiadadamente desde hace miles de años, en el siglo XIX habría sido delegado a los instrumentos estatales que canalizaron las biopolíticas a escala nacional. En ese contexto, Foucault definió al gobierno como un conjunto de “técnicas y procedimientos destinados a dirigir la conducta de los hombres”.⁹ A pesar de las crudas definiciones legadas por el padre de la filosofía occidental y rescatadas recientemente por Sloterdijk, propuestas como administrar poblaciones o dirigir las conductas humanas parecen contrastar abruptamente con la doctrina liberal vigente en la época en que las biopolíticas se constituyeron y fortalecieron. Como se sabe, el liberalismo tendería, por principio, a evitar todo y cualquier riesgo de “gobernar demasiado”. En los albores de la era prometeica, sin embargo, la regulación por vía jurídica parecía constituir un instrumen-

⁹ Michel Foucault, “1979-1980: Do governo dos vivos”, en *Resumo dos cursos do Collège de France (1970-1982)*, *op. cit.*, p. 101.

to más eficaz –y, sin duda, más acorde con el ideario liberal– que la mítica “sabiduría o moderación de los gobernantes” heredada de la estirpe platónica. Por eso, a pesar de los preceptos que pregonaban un gobierno frugal, el liberalismo buscó anclar la regulación de la vida de los ciudadanos en leyes sabiamente impersonales, con la intención de asegurar que la tan alardeada libertad de los procesos económicos no produjera una excesiva distorsión social con efectos potencialmente indeseados. Porque los avatares de la población, con su imprevisible complexión de seres vivos, no podrían dejarse al liberal cuidado de la *mano invisible*; al contrario, la población debía ser objeto de celosas reglamentaciones biopolíticas, que la tornasen capaz de responder a las demandas del capital de modo previsible y controlable.

Ese esquema, que combinaba hábilmente biopolíticas y disciplinas con los dolores y delicias del capitalismo industrial, reinó sin muchas fisuras hasta mediados del siglo XX. En la actualidad, es evidente que varios factores constitutivos de ese régimen han cambiado. ¿Cuál es la configuración actual de esos mecanismos? Retomando la cuestión que motivó la digresión histórica de las últimas páginas: ¿de qué manera las transformaciones operadas en las últimas décadas, tanto en los campos del saber como del poder, afectaron a la administración y regulación de los asuntos concernientes a la biología humana? Se trata de un proceso que aún está en pleno desarrollo, y precisamente por eso es

un terreno movedizo, poco propicio para las teorizaciones; algo que se está discutiendo mucho y de manera intensa, aunque todavía no parece haber sido abarcado por el pensamiento en toda su magnitud.

Foucault se dedicó, principalmente, a analizar los mecanismos disciplinarios y las biopolíticas en las sociedades industriales, subrayando semejanzas y diferencias con respecto a las sociedades de soberanía. Aunque constató cierta crisis de las disciplinas, no se propuso examinar en forma exhaustiva los cambios más recientes, muchos de los cuales fueron posteriores a su muerte (ocurrida en 1984). Pero Gilles Deleuze aceptó el desafío y redactó su "Posdata sobre las sociedades de control" en 1990, como una especie de anexo actualizado para una genealogía del poder tan sagazmente delineada. Su primera constatación es tan perturbadora como irrefutable: las redes de poder fueron adensando su trama en los últimos tiempos, delatando una intensificación y sofisticación de los dispositivos desarrollados en las sociedades industriales. Ahora, pulverizadas en redés flexibles y fluctuantes, las relaciones de poder están irrigadas por las innovaciones tecnocientíficas y tienden a envolver todo el cuerpo social sin dejar prácticamente nada fuera de control. El propio Foucault había advertido esa creciente saturación de las redes políticas en la transición histórica del mundo feudal hacia el biopoder, como lo expresó en sus cursos de 1976: "a la vieja mecánica del poder de soberanía se le escapaban

muchas cosas, tanto por abajo como por arriba, a nivel del detalle y a nivel de la masa".¹⁰

No es difícil constatar que las redes de poder son cada vez más compactas, con sus mecanismos continuamente nutridos por los nuevos saberes. En la transición hacia la tecnociencia fáustica de nuestros días, esa densificación se acentúa gracias a las técnicas de sujeción cada vez más complejas y efectivas, sobre todo aquellas que se originan en la teleinformática y la biotecnología. En el nuevo capitalismo de superproducción y *marketing*, afianzado más fuertemente en el consumo y los flujos financieros que en la producción propiamente industrial, saberes y poderes se entrelazan íntimamente con toda una serie de prácticas, discursos y placeres que refuerzan tanto su eficacia como su legitimidad sociopolítica. Sin embargo, también es cierto que toda una gama de tendencias asociadas al nuevo régimen (descentralización, privatización, virtualización, globalización) conspiran contra los viejos mecanismos de poder: tanto el dominio centralizador de los Estados nacionales como las instituciones de encierro están en crisis.

Aprovechando esa decadencia, se esparce por doquier el modelo omnipresente de la *empresa*, que, como diría Deleuze, "es una alma, un gas". Las compañías privadas hoy cumplen un papel fundamental en la construcción biopolítica de cuerpos y modos de ser, desplazando la antigua primacía de los Estados y sus instituciones de

¹⁰ Michel Foucault, *Em defesa da sociedade*, *op. cit.*, p. 298.

secuestro. Como afirman Negri y Hardt, en la nueva configuración global “las corporaciones transnacionales construyen el tejido fundamental del mundo biopolítico”.¹¹ A las empresas les corresponde organizar y articular territorios, poblaciones, cuerpos y subjetividades, desplegando su accionar sobre toda la superficie del planeta. Por eso, en el nuevo contexto sociopolítico y económico, los Estados pueden parecer reliquias de otras épocas, convertidos en meros instrumentos de registro burocrático de los flujos globales de comunicación, mercaderías, gente y dinero, que las mismas corporaciones ponen en movimiento a toda velocidad. Ya sea acatando como propulsando la dinámica contemporánea del biopoder, las empresas asumen ciertas funciones de importancia vital que antes eran responsabilidad exclusiva de las instancias públicas: interpelan cuerpos y subjetividades con el lenguaje flexible –aunque muy efectivo– del mercado, y contribuyen a producirlos. Así, los tentáculos del biopoder se amplían y traspasan las instituciones y áreas antes específicas para extenderse por todos los espacios, todos los tiempos, todas las vidas, durante toda la vida. El soporte ideal para canalizar ese control disperso y total es una institución omnipresente en el mundo actual: el *mercado*.

Producir sujetos *consumidores*: tal es el interés primordial del nuevo capitalismo postindustrial de alcance global. Por eso, las biopolíticas privatizadas (y privatizantes) de este siglo apelan ostensiblemente a

¹¹ Michael Hardt y Antonio Negri, *op. cit.*, p. 50

las “maravillas del *marketing*” en su misión de construir cuerpos y modos de ser adecuados a una sociedad en la cual la demanda de mano de obra obrera se ha derrumbado. Gracias a la automatización de las fábricas, el *trabajador* ha perdido buena parte de su condición heroica, junto con el papel protagónico que supo desempeñar durante el apogeo industrial. El trabajo se ha vuelto cada vez menos mecánico y más informatizado, dependiente de las tecnologías digitales de base inmaterial.¹² Por eso, más que los *cuerpos adiestrados* de la era industrial como fuerza mecánica de trabajo corporal, hoy el privilegio del empleo se les ofrece a las *almas capacitadas*. Es decir, aquellas subjetividades equipadas con las cualidades volátiles más cotizadas en el mercado laboral contemporáneo, tales como la creatividad, la inteligencia y las flexibles habilidades comunicativas (sobre todo éstas últimas). En sintonía con esas mutaciones, las artes del consumo y el fetichismo de las mercancías se expandieron de una manera que habría sido impensable algunas décadas atrás.

Pero la producción biopolítica es siempre “imperfecta”, porque las redes de poder también están pla-

¹² Sobre el concepto de “trabajo inmaterial” y su importancia en el contexto contemporáneo, consúltense los análisis de Maurizio Lazzarato, Antonio Negri y Paolo Virno. Sobre otros cambios en el ámbito laboral y sus diversos impactos, véase Richard Sennett, *A corrosão do caráter: Consequências pessoais do trabalho no novo capitalismo*, Río de Janeiro, Record, 1999.

gadas de resistencias, insurrecciones y líneas de fuga. Es por eso que el biopoder necesita beber constantemente en la fuente de los nuevos saberes y desarrollos tecnológicos, para efectuar ajustes en sus dispositivos que le permitan fagocitar nuevos espacios vitales, aunque a veces también deba negociar con eventuales intransigencias. Lejos de ser omnipotente, el biopoder tiene grietas a través de las cuales las fuerzas vitales logran infiltrarse y reaccionar. Aunque la vida esté sometida a cálculos explícitos y otros controles, eso no significa que haya sido capturada íntegramente por técnicas capaces de dominarla y modelarla sin fisuras; al contrario: se escapa continuamente, como el propio Foucault aclaró en el primer volumen de su *Historia de la sexualidad*. Las potencias vitales siguen obstaculizando las ambiciones fáusticas del biopoder, obligándolas a reestructurarse y a cambiar continuamente; por eso, el formateo de cuerpos y subjetividades es un proceso constante, una batalla sin fin entre fuerzas divergentes. Con la creciente supremacía del mercado en la administración de los flujos vitales, algunos factores cambian, ciertas rendijas se cierran y otras se abren en su dinámica normalizadora, cuya función última se mantiene idéntica: organizar, disciplinar, asegurar y reglamentar la vida, tanto en los cuerpos individuales como en los procesos biológicos de la especie humana. No obstante, las viejas formas de resistencia a los embates del biopoder parecen haber perdido su efectividad, y las nuevas modalidades son

cada vez más efímeras y volátiles, porque el capitalismo del siglo XXI exhibe una capacidad inaudita de devorar las fuerzas vitales y reciclar las resistencias a toda velocidad, convirtiéndolas en eslóganes publicitarios para venderlas a buen precio en el mercado.

Por otra parte, las instituciones que dirigen tanto la producción de cuerpos y almas individuales como la intervención en el sustrato biológico de las poblaciones, hoy parecen capaces no sólo de regular los procesos, de pulir y evitar contingencias indeseadas, sino también de modificar las mismas *esencias* orgánicas, alterando los códigos de la vida y *reprogramando* los destinos biológicos individuales o de la especie. Con ayuda de los saberes y las técnicas más recientes, los viejos engranajes del biopoder también han embarcado en el proceso universal de *digitalización* universal. Sus alcances se intensifican y depuran, nutridos por los saberes tecnocientíficos de cuño fáustico; así, las fuerzas del biopoder se hipertrofian, borrando todos los límites y superando todas las fronteras. Como corroboran Negri y Hardt en su análisis de la sociedad contemporánea: “el poder se hace completamente biopolítico, todo el cuerpo social es abarcado por la máquina del poder y desarrollado en sus virtualidades”.¹³ Cabe aclarar que Foucault ya había intuido esa tendencia a la hipertrofia en 1976, cuando detectó un cierto “exceso del biopoder” en la industria naciente de las armas biológicas, que

¹³ Michael Hardt y Antonio Negri, *op. cit.*, p. 43.

“aparece cuando el hombre adquiere una nueva posibilidad técnica y política: no sólo organizar la vida sino hacerla proliferar, fabricar algo vivo, fabricar algo monstruoso, fabricar –en el límite– virus incontrolables y universalmente destructores”. Su conclusión sobre esa tendencia que hace tres décadas asomaba tímidamente su rostro es la siguiente: “extensión formidable del biopoder que [...] va a superar toda la soberanía humana”.¹⁴

La posibilidad, tanto técnica como política, de *fabricar algo vivo*: he aquí la fabulosa puerta abierta recientemente por nuestra tecnociencia. Desde sus comienzos, el biopoder pretendía “aumentar la vida, prolongar su duración, multiplicar sus posibilidades, desviar sus accidentes o, si no, compensar sus deficiencias”.¹⁵ Impulsada por los influjos fáusticos, hoy se intensifica esa voluntad de aumentar, prolongar, multiplicar la vida, así como desviar, compensar, corregir o alterar sus deficiencias, que ahora se definen como errores digitales fatalmente inscritos en los códigos genéticos. Si desde el inicio las biopolíticas buscaron dominar la caótica aleatoriedad que rige el sustrato biológico de las poblaciones, controlar los eventos fortuitos que pueden ocurrir en toda masa viva, hoy ese impulso se acentúa junto con las potencialidades técnicas y políticas de la tecnociencia. Imbricados con el espíritu empresarial, los nuevos saberes privatizados y descentralizados venden la pro-

¹⁴ Michel Foucault, *Em defesa da sociedade*, op. cit., p. 303.

¹⁵ *Ibid.*, p. 304.

mesa de *dominar lo imprevisible*, exacerbando así una de las cualidades originales de la producción biopolítica: “controlar (eventualmente modificar) la probabilidad de los eventos biológicos, en todo caso compensar sus efectos”.¹⁶ Ese “eventualmente modificar” que Foucault escondiera entre discretos paréntesis ha desbordado y está en expansión, gracias a las posibilidades de *reprogramar el código y fabricar algo vivo*.

En este contexto, la palabra *riesgo* adquiere un valor preponderante y su explotación en el mercado rinde buenos frutos. La administración de los riesgos (que amenazan la salud, la vida, la juventud) aparece como un nuevo y poderoso mecanismo de control vinculado al biopoder. Las probabilidades de enfermarse y morir, cinceladas de manera indeleble en el código genético de cada individuo, deben conocerse, controlarse y modificarse. Más allá de las intervenciones individuales, el proyecto puede involucrar alteraciones aún más sustanciales, gracias a las técnicas que prometen operar en la línea germinal del genoma humano para desencadenar mutaciones capaces de abarcar toda la especie. De modo que la *postevolución* constituiría una ambición biopolítica de magnitud sin precedentes, dirigida por las oscilaciones del mercado y en perfecta concordancia con la lógica de la digitalización universal.

A medida que las prácticas y los pilares del biopoder se van transformando, también cambian las verda-

¹⁶ *Ibid.*, p. 297.

des y las formas jurídicas que los sostienen. Hace muy poco, la *vida* pasó a considerarse como un producto o una mercadería; es decir, una invención humana que se puede negociar. Según esa definición, las diversas formas de vida pueden patentarse, comprarse y venderse en el mercado global. La primera transformación del corpus legal tendiente a privatizar y comercializar la vida ocurrió en 1971, cuando un microbiólogo de la compañía General Electric solicitó la concesión de una patente para una bacteria alterada genéticamente. El microorganismo había sido proyectado por la empresa estadounidense para cumplir una función muy específica y útil: ingerir el petróleo derramado accidentalmente en los océanos. Pero el Instituto de Propiedad Intelectual de los Estados Unidos negó el pedido, alegando que no era posible patentar seres vivos. Aún así, la empresa decidió apelar, y terminó ganando el pleito en 1980: la Justicia entendió que las nuevas bacterias eran "más semejantes a composiciones químicas inanimadas, tales como reagentes y catalizadores, que a caballos, abejas, frambuesas o rosas".¹⁷ La equiparación legal de un ser vivo con un producto químico capaz de ser comercializado, ocurrida por primera vez en aquel tribunal de los Estados Unidos hace veinticinco años, estableció un importante precedente. Poco tiempo después, en 1987, todas las formas de vida genética-

¹⁷ Jeremy Rifkin, *O século das biotecnologias: A valorização dos genes e a reconstrução do mundo*, San Pablo, Makron Books, 1999, p. 44.

mente modificadas pasaron a ser patentables, ya sin importar si se parecen o no a bacterias, caballos, abejas, frambuesas o rosas. Pese a todas las polémicas y obstáculos legales (como las regulaciones contra la esclavitud que rigen en varias naciones, por ejemplo), los seres humanos y sus diversos componentes orgánicos también están incluidos en ese proceso de privatización total de la vida sobre la Tierra.

Esa maniobra jurídica fue inédita porque permitió que la mera *alteración* de un ser vivo efectuada en un laboratorio se considerase un *invento*. En sentido estricto, los biólogos moleculares jamás han *creado* un organismo, ni siquiera un órgano, una célula o un gen; hasta ahora, todos los tejidos vivos patentados en los diversos países sólo fueron *modificados* a través de la recombinación de genes de diversos organismos ya existentes en la biosfera. De hecho, basta aislar y clasificar los atributos y finalidades de un determinado gen para que éste sea considerado un invento. Y una vez admitida esa condición, se abre el camino para que se lo considere propiedad privada del "inventor". Acto seguido, éste gana derechos de exclusividad para explotar comercialmente la forma de vida patentada, ya sea un simple gen, un organismo individual como la oveja Dolly, o bien toda una especie, como la soja transgénica resistente al herbicida de la empresa Monsanto, para citar sólo un par de ejemplos famosos. Entre los menos conocidos, hay casos como el de la empresa Biocyte, que tramitó los derechos para comercializar las células sanguíneas del cordón umbilical

humano; y la pequeña compañía Systemix, que patentó las células-madre medulares del hueso humano.

Los derechos de *propiedad intelectual* protegidos por las *patentes* constituyen un ingrediente fundamental de los campos de saber aquí estudiados. Según las empresas, esa garantía es imprescindible para que los emprendedores decidan arriesgar recursos financieros y años de trabajo en la investigación y el desarrollo de "productos" que puedan ser útiles para el mercado. Ése es el motivo que esgrimen las corporaciones transnacionales para presionar tan fuertemente a los gobiernos nacionales de todo el planeta, con el fin de imponer un sistema global de patentes capaz de garantizar los derechos de propiedad intelectual sobre los productos de la industria biotecnológica en el mercado mundial. Los intereses corporativos obtuvieron un importante triunfo en la reunión del GATT (*General Agreement on Tariffs and Trade*, o Acuerdo General de Tarifas y Comercio) en Uruguay, con el convenio sobre los TRIP (*Trade Related Intellectual Property Rights*, o Derechos de Propiedad Intelectual Relacionados con el Comercio). De ese modo, la tecnociencia fáustica impone sus exigencias a las definiciones legales, transformando el material genético de los seres vivos en *mercaderías*; una mutación que está siendo velozmente procesada por las diversas instancias jurídicas del mundo globalizado.

Protegidas por la ley y con una fuerte avidez por conquistar nuevos mercados, las empresas tecnocientíficas

han iniciado una carrera feroz para patentar no sólo los ingredientes del genoma humano, sino también todo el patrimonio genético del planeta; un movimiento que Vandana Shiva denominó *biopiratería*. Según la epistemóloga y activista hindú, se trata de un componente de la nueva onda colonizadora dirigida por la tecnociencia reduccionista aliada al mercado, a través de la cual las grandes compañías transnacionales se están apropiando de la última frontera. Al patentar todos los recursos genéticos que existen en el mundo, obtienen los derechos exclusivos sobre las diversas manifestaciones de vida, gracias a los mecanismos institucionales que reglamentan y protegen la propiedad privada en esta nueva era del capitalismo postindustrial. Además de denunciar estas graves cuestiones en los medios académicos, Shiva dirige un movimiento internacional que intenta "crear una alternativa a la visión transgénica de la vida", luchando contra la biopiratería y en favor de los derechos intelectuales colectivos, para construir así "una alternativa al paradigma del conocimiento y de la vida como propiedad privada". Esa invasión *biocolonizadora* se puede comparar con los procesos de *endocolonización* y "endotismo microfísico" descritos por Paul Virilio al aludir a las intervenciones médicas que están conquistando las profundidades del cuerpo humano. "La tierra, las selvas, los ríos, los océanos y la atmósfera, todos fueron colonizados, desgastados y contaminados", afirma Shiva, y continúa: "el capital ahora necesita ir en busca de nuevas colonias para invadir y explotar, con el fin de continuar su

acumulación, como el interior de los cuerpos de las mujeres, las plantas y los animales".¹⁸

A pesar de estas resistencias aisladas, la carrera para patentar la biodiversidad de la Tierra se está convirtiendo en una de las disputas más cruentas que dominan los juegos de poder contemporáneos. Además, las biopolíticas y otros dispositivos de biopoder han abandonado el ámbito estatal y las instituciones públicas, y se han desplazado hacia los laboratorios tecnocientíficos nutridos por capitales privados y animados por el espíritu empresarial que todo lo atraviesa. En su famoso artículo de 1990, Gilles Deleuze constataba con dolorosa ironía: "se nos enseña que las empresas tienen un alma, lo cual es sin duda la noticia más terrorífica del mundo". Cada vez más, ese espíritu empresarial invade los grandes emprendimientos tecnocientíficos, con las biotecnologías y la teleinformática como protagonistas eminentes de esa fusión. Tras un desempeño secundario de sus ancestros en el período prometeico, ahora esos campos privilegiados de la tecnociencia fáustica constituyen lo que se conoce como *big science*. En oposición al modelo de la "ciencia pequeña", las disciplinas que ascienden ese escalón se caracterizan por los grandes proyectos patrocinados por los gobiernos de los países más desarrollados, asociados con la industria privada. El Proyecto Genoma Humano es un ejemplo, asimilable en ese sentido al

¹⁸ Vandana Shiva, *Biopirataria: A pilhagem da natureza e do conhecimento*, Petrópolis, Vozes, 2001, p. 65.

Proyecto Manhattan, cuya meta era la fabricación de la bomba atómica, así como al viaje a la Luna y al Proyecto Guerra de las Galaxias. Además de los presupuestos generosos, implica la estipulación de plazos preestablecidos para cada etapa del emprendimiento y un alto nivel de innovación tecnológica; todas características que hacen inevitables los pactos con las grandes corporaciones. Como consecuencia de ese reordenamiento legal e institucional, el campo biotecnológico registra una alta concentración de capitales, con un exiguo número de empresas en veloz crecimiento que dominan un mercado global de miles de millones de dólares por año.

Aun así, la promiscuidad entre el mercado y los laboratorios de la tecnociencia fáustica no parece devenir en un estímulo claro y unívoco a la investigación y el desarrollo; al contrario, crecen las sospechas de que tal característica podría convertirse en un peligroso obstáculo. El libre flujo de información y conocimientos entre los científicos solía ser uno de los pilares de la ciencia prometeica; según su propia retórica, esa comunicación permitía la saludable evolución y el progreso de los saberes. Hoy en día, sin embargo, la perspectiva de patentar y explotar los resultados de las investigaciones, con las promesas de grandes lucros que proliferan en los laboratorios contemporáneos, lleva a los investigadores a contrariar ese principio supuestamente constitutivo del campo científico.

Un estudio realizado entre genetistas que trabajan en universidades estadounidenses con el apoyo de fon-

dos públicos, divulgado en el *Journal of the American Medical Association*, reveló el siguiente dato: el 47% de los científicos que solicitaron a sus colegas informaciones adicionales sobre trabajos ya publicados recibieron respuestas negativas. Una encuesta semejante, efectuada en empresas de biotecnología, demostró que por lo menos el 41% guardaba un "secreto industrial" resultante de investigaciones universitarias. En este contexto, un científico brasileño que trabaja en un instituto del Canadá defiende la necesidad de que los especialistas académicos pacten con las industrias para propiciar el crecimiento del sector biotecnológico: "es poco sagaz imaginar que universidades e instituciones de investigación puedan reemplazar a los departamentos de I&D industriales para generar nuevos productos derivados del conocimiento forjado por las primeras".¹⁹ Fenómenos similares están ocurriendo en el campo de la teleinformática, a pesar del interesante movimiento en favor del código abierto en la área del *software*. También en este sector, los investigadores tratan de no divulgar ciertos resultados de sus trabajos debido a las presiones dirigidas a privatizar los descubrimientos, coerciones que muchas veces se originan en las propias universidades en cuyos laboratorios trabajan. El fenómeno comenzó en 1980, al menos en los

¹⁹ Antonio Oliveira Dos Santos, "Pesquisa de Mercado: Biotecnologia brasileira permanece acadêmica, por falta de política agressiva e capital de risco", en *Folha de São Paulo*, San Pablo, 27 de enero de 2002, p. 21.

Estados Unidos, cuando fue aprobada una ley que permite registrar las patentes de productos descubiertos por instituciones de investigación sostenidas con fondos públicos, para proteger su propiedad intelectual y comercializarlos.

Todos esos datos muestran la fuerte dependencia de la tecnociencia con respecto al mercado, y el relajamiento de los lazos con las instituciones públicas y gubernamentales que constituían los principales vehículos de las estrategias biopolíticas en la sociedad industrial. Un desdoblamiento importante de estos procesos es que las nuevas tecnologías de formateo de cuerpos y almas ya no apuntan de forma exclusiva o prioritaria a los *ciudadanos* de los Estados. El foco de esas estrategias está compuesto por *consumidores*, ya no distribuidos en poblaciones nacionales o censos demográficos, sino segmentados en términos estrictamente mercadotécnicos. De modo que el variado menú de intervenciones en la biología humana que brota de la tecnociencia de cuño fáustico no está disponible de forma universal e irrestricta: sólo se ofrece a los consumidores pertenecientes a los segmentos de mercado previamente definidos como el público destinatario de cada producto o servicio.

En sintonía con la gradual privatización de las instancias públicas, la definición de *consumidor* es más compleja y estrecha (y también más cruel) que la de *ciudadano*: un gran porcentaje de los habitantes de los Estados nacionales se sacrifica en esa mutación, condenados a quedar fuera de los nuevos modos de subje-

tivación. Son los *excluidos* del mercado global, con el acceso denegado a los seductores prodigios de la tecnociencia fáustica. Es por ello que algunos sociólogos de tradición marxista, como Robert Kurz, se refieren a la etapa actual del capitalismo como "imperialismo de exclusión". O, como vaticinó Deleuze: "el capitalismo ha guardado como constante la extrema miseria de tres cuartas partes de la humanidad, demasiado pobres para la deuda, demasiado numerosos para el encierro". Lejos de solucionar este problema, la sociedad contemporánea "no sólo tendrá que enfrentarse con la disipación de las fronteras, sino también con las explosiones de villas-misericordia y guetos".²⁰

El temible crecimiento de los excluidos encabeza los catálogos de la fantasmagoría contemporánea, con toda una industria y una profusa mitología mediática dispuesta a saciar una nueva fiebre de consumo: la *seguridad*. El mundo que abandonó los preceptos prometeicos para embarcarse en sueños fáusticos ya no persigue los ideales de progreso y bienestar general que guiaban –al menos en teoría– a los grandes proyectos nacionales de la era industrial. La nueva tecnociencia aliada al mercado desconoce las antiguas fronteras políticas y jurídicas; en cambio, sigue sus impulsos fáusticos apostando a superar todos los límites que solían aprisionar a la especie humana.

²⁰ Gilles Deleuze, *op. cit.*, p. 22.

El imperativo de la salud: la enfermedad como error en el código y prevención de riesgos

La vida sólo aparece como deseable en la medida en que se adapte a pautas preestablecidas que no incluyan imperfecciones. [...] El hombre había sido hasta ahora un "borrador". Las biotecnologías podían "pasarle en limpio".

HÉCTOR SCHMUCLER²¹

Cada médico inventaba la salud como si cantara *Fausto* un tenor amante de la partitura, como viejos buscadores de civilizaciones desaparecidas anhelaban la salud muerta desde siempre.

R. LEICESTER²²

La medicina se configuró como un poderoso complejo de saberes y poderes, especialmente actuante a partir de los siglos XVIII y XIX en las sociedades occidentales: un haz de fuerzas capaz de incidir al mismo tiempo sobre los cuerpos individuales y las poblaciones, disciplinando y regulando la vida. Con sus prácticas y técnicas en actualización constante, a lo largo de

²¹ Héctor Schmucler, "La industria de lo humano", en *Artefacto, Pensamientos de la Técnica*, Buenos Aires, UBA, núm. 4, invierno de 2001, p. 16.

²² R. Leicester, *Demonio Episodio Amaestrado*, Buenos Aires, Simurg, 2003, p. 82.

la historia moderna la medicina se propuso controlar los acontecimientos aleatorios relativos a la multiplicidad orgánica y biológica de los seres humanos, imponiéndoles sus exigencias normalizadoras según los intereses del capitalismo industrial. Ahora, con el firme pacto que une la tecnociencia con el mercado, se configuran y fortalecen nuevas ramas del saber médico: desde la naciente *e-medicine* y sus prometedoras terapias genéticas, hasta la biónica con sus prótesis teleinformáticas y la nueva generación de drogas psicotrópicas simbolizadas por el Prozac. ¿Cuál es la relevancia biopolítica de estos nuevos saberes que se aplican a nuestros cuerpos y almas? Enmarcados en el horizonte digitalizante que envuelve a la tecnociencia con su halo luminoso, los discursos y prácticas relacionados con la ingeniería genética ofrecen los mejores ejemplos del accionar biopolítico postindustrial, con sus propuestas de modelar radicalmente cuerpos y almas, así como de intervenir en el sustrato biológico de la especie humana.

En el primer volumen de la *Historia de la sexualidad*, denominado *La voluntad de saber*, Foucault explica la razón de la enorme importancia atribuida al *sexo* en las sociedades industriales: el "dispositivo de la sexualidad" disfrutaba de una localización estratégica, en la intersección exacta entre el cuerpo individual y el de la población, afectando a ambos objetivos del biopoder al mismo tiempo. Por eso, el sexo fue un blanco privilegiado de las tecnologías disciplinarias y de las operaciones

biopolíticas, siempre en la mira de los impulsos normalizadores de la sociedad industrial. Ahora, según la nueva dinámica que está movilizándolo al biopoder, hay indicios de que tal foco se estaría desplazando. En una sociedad completamente atravesada por la información digital de inspiración inmaterial, el *código genético* parece estar ocupando aquel lugar de preeminencia antes asignado al sexo. Localizada en la intersección exacta entre el cuerpo individual y el de la especie, la cadena de genes del ADN es un blanco privilegiado tanto de las biopolíticas que apuntan a la población humana como de las técnicas específicas de modelación subjetiva.

En la genealogía trazada por Foucault, la *sangre* aparece como el objeto predilecto de los dispositivos de poder en las sociedades de soberanía. Durante el período previo a la industrialización de Occidente, toda una rica simbología y abundantes rituales homenajearon el líquido rojo que corre por las venas de los hombres. Los duelos, la esgrima, las batallas campales, la importancia atribuida al hecho de tener cierta sangre o al acto de derramar sangre; todo eso no hace más que delatar la potencia vital de la sangre en aquella época, tanto a escala individual como social. En la era moderna, el *sexo* destronó a la sangre y asumió el papel principal en la simbología y los rituales biopolíticos. ¿Y ahora? Vemos cómo emerge toda una mística ligada a los *genes*, que parece capaz de convertir a esos componentes moleculares de los organismos humanos en los nuevos protagonistas del biopoder.

Así como la sangre en las sociedades feudales y el sexo en el mundo industrial, hoy cabe a los genes determinar “lo que es cada uno”, porque el código genético constituye la clave de la revelación que “trae todo a plena luz”; para citar solamente algunas de las expresiones usadas por Foucault al describir la función subjetivante del sexo en la era industrial. Siguiendo el curso de las reflexiones aquí expuestas, es tentador plantear que los genes y el ADN están conformando un fuerte dispositivo político, alrededor del cual se reorganiza el biopoder. Una vez más, retomando las palabras de Foucault al evaluar el dispositivo de la sexualidad en las sociedades disciplinares: “la noción de sexo permitió agrupar, de acuerdo con una unidad artificial, elementos anatómicos, funciones biológicas, conductas, sensaciones y placeres, y permitió hacer funcionar esta unidad ficticia como principio causal, sentido omnipresente, secreto a descubrir en todas partes”. Por todo eso, el sexo pudo funcionar tan bien “como significante único y como significado universal”.²³

Actualmente, ese rol de significante único y significado universal le fue asignado a otra “unidad ficticia”, encarnada en el código genético. Se supone que las cifras grabadas en la molécula de ADN de cada indivi-

²³ Michel Foucault, *Historia da Sexualidade 1: A vontade de saber*, Río de Janeiro, Graal, 1980, p. 148 [trad. esp.: *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1990].

duo y de la especie humana son capaces de determinar todo (“elementos anatómicos, funciones biológicas, conductas, sensaciones y placeres”). Aunque ese principio causal y omnipresente permanezca públicamente en secreto, oculto en las entrañas más profundas del ser humano, parece incuestionable la necesidad de descifrar sus secretos para tener acceso a la *verdad*. Tanto en el caso del sexo como en el del ADN, esa posibilidad de penetrar en los misterios de las esencias humanas aparece como técnicamente viable, gracias a los utensilios provistos por los saberes más representativos de las respectivas sociedades.

La revelación de esos enigmas cifrados que todo lo determinan —en los cuerpos, las almas y las poblaciones—, durante el reinado del dispositivo de la sexualidad correspondía a un abanico de saberes de cuño prometeico, basados en técnicas analógicas como la observación y el examen; es decir, el catálogo completo de las ciencias sociales y humanas, tales como el psicoanálisis, la medicina, la pedagogía, la psiquiatría y la sociología. Hoy, en cambio, esa función compete a otros saberes alimentados por el impulso fáustico e insertos en el paradigma digital; concretamente, la medicina más actualizada, que abreva en la biología molecular y sólo puede operar con la ayuda imprescindible del instrumental teleinformático. A pesar de la diferencia metodológica y la naturaleza propia de cada uno de sus objetivos, los fundamentos en términos de biopoder coinciden: así como en el *sexo* debía

buscarse la propia inteligibilidad, la identidad, la esencia de las almas y los cuerpos, de la misma forma ahora se nos dice que toda la *verdad* está inscripta y puede ser descifrada en el inefable *código genético*. "A eso se debe la importancia que le atribuimos, el temor reverente con que lo revestimos, la preocupación que tenemos de conocerlo", decía Foucault con respecto al sexo; "por eso se ha tornado más importante que nuestra alma, más importante que nuestra vida; y por eso todos los enigmas del mundo nos parecen tan leves comparados con ese secreto, minúsculo en cada uno de nosotros, pero cuya densidad lo convierte en el más grave de todos".²⁴

Pese a ser todavía más minúscula, la molécula de ADN posee una densidad y una gravedad inconmensurables. Así como el sexo conformó un principio de normalidad, aceitando profusamente los ejes centrales del capitalismo industrial, hoy se está configurando un nuevo principio de normalidad en el dispositivo genético. Con la prolijidad taxonómica propia de los procedimientos analógicos, los saberes prometeicos "entomologizaban" las derivas subjetivas, clasificando en esquemas jerárquicos todos los tipos de perversiones y definiendo el concepto de normalidad a partir de esos desvíos. Ahora, las infinitas combinaciones genéticas se pueden rastrear a toda velocidad con los dispositivos digitales de nuestra tecnociencia. Esos aparatos incu-

²⁴ *Ibid.*, p. 146.

ban la promesa de detectar, de manera instantánea y aséptica, todos los errores susceptibles de reprogramación, a partir del estándar ideal definido estadísticamente como *normal*.

Son muchas y de enorme alcance las consecuencias de este desplazamiento de foco del biopoder, que se desliza desde el *sexo* hacia los *genes*, emplazando al ADN en el punto exacto donde se entrecruzan las biopolíticas que apuntan a la especie y las técnicas que apuntan al formateo de cuerpos y almas. Uno de los fenómenos asociados a tales procesos es un cierto debilitamiento del psicoanálisis clásico, a favor de tratamientos ultra rápidos y súper eficaces basados en la nueva generación de psicofármacos. Una serie de drogas surgidas en las últimas décadas, con gran éxito publicitario, mercadotécnico, terapéutico y subjetivante en todo el mundo, constituyen buenos ejemplos de esa transición: Prozac, Lexotanil, Valium, Citalopran y Ritalina forman parte de ese grupo. La nueva falange psicofarmacológica se opone radicalmente a las terapias psicoanalíticas tradicionales, ligadas al paradigma de la "interioridad" inherente al *homo psychologicus*, que eran largas y dolorosas por definición. Despreciando los meros síntomas exteriores, su propuesta consistía en sumergirse en las entrañas del alma en busca de las causas profundas de los sufrimientos psíquicos, las tormentas del espíritu y las tragedias existenciales; todos frutos, en fin, de la experiencia íntima e indi-

vidual de un sujeto dotado de "vida interior". Ya hace tiempo, "Sartre denunciaba en la vieja introspección la tentación de profundizar hasta el infinito en uno mismo, para atravesar el espejo en el que se pierde la subjetividad a través de la multiplicidad de sus reflejos", afirma un especialista en historia de la psiquiatría, el francés Robert Castel; "por cierto, en la actualidad se trata más de alcanzar una plusvalía de goce y eficiencia que una suma de conocimientos de las propias profundidades".²⁵

El éxito apabullante de la nueva familia de drogas no hizo más que reforzar un tipo de tratamiento distinto, de estirpe conductista, que busca eliminar químicamente los problemas y suele tener efectos inmediatos en la eliminación de los síntomas. De ese modo se evitan los largos y complicados sondeos en los abismos del alma. Al disminuir la relevancia de esa esfera interior, donde radicaban los secretos inviolables de la intimidad individual, cualquier tipo de malestar se entiende como una disfunción, un desvío que puede (y debe) ser eliminado. En lugar de solicitar la interrogación, la interpretación y las indagaciones dentro de una subjetividad enigmática, las nuevas vivencias demandan explicaciones técnicas e intervenciones correctivas —como explica el psicoanalista Benilton Bezerra— "en una cultura científicista que privilegia la

²⁵ Robert Castel, *La gestión de los riesgos*, Buenos Aires, Anagrama, 1995, pp. 8-9.

neuroquímica del cerebro en detrimento de creencias, deseos y afectos".²⁶

Con las nuevas terapias, los pacientes obtienen una perfecta "plusvalía de goce y eficiencia", retomando la expresión de Castel. Ya sea calibrando los flujos inter-neuronales de ciertas sustancias químicas, como la serotonina y la dopamina, o bien descargando estímulos eléctricos en el sistema nervioso por medio de prótesis informáticas, las terapias de ese tipo comparten el mismo horizonte de *reprogramación* anhelado por los tratamientos genéticos. Por eso, las potencialidades biopolíticas y subjetivantes de estos últimos —que se anuncian como grandes promesas para un futuro cercano— parecen empezar a realizarse, de alguna manera, en la nueva generación de psicofármacos. Es lo que sugiere Fukuyama en el artículo antes comentado, en el que alerta sobre posibles alteraciones de la "naturaleza humana" inscriptas en la lógica de la medicina aquí calificada como fáustica. Mientras las terapias basadas en el genoma de cada paciente todavía asoman como meras promesas, el arsenal de la psicofarmacología ensaya los primeros pasos en la medicina de reprogramación.

La perspectiva bióloga y sintomatológica, que avanza a pie firme en el campo del saber psiquiátrico, también está invadiendo la clínica médica impregnada por la

²⁶ Benilton Bezerra Jr., "O ocaso da interioridade", en: C. A. Plastino (comp.), *Transgressões*, Rio de Janeiro, Contracapa, 2002.

onda genética. Así, en lugar de la antigua visión holista propia de las ciencias humanas de inspiración prometeica, que consideraba la causalidad múltiple de las enfermedades (incluyendo una fuerte influencia del ambiente y la historia vital de cada paciente), los nuevos saberes afinan su foco para concentrarlo en el sustrato micromolecular del cuerpo humano. Si toda la causalidad se circunscribe a la programación genética o a los flujos cerebrales, entonces la terapéutica debe apuntar a corregir los errores puntuales inscriptos en el código o en el sistema neurológico de los pacientes. Alterar la programación para corregir fallas es la nueva táctica para curar enfermedades, y el espectro metodológico contempla tanto los balances de flujos e impulsos eléctricos en el cerebro como los ajustes en la información genética. En todos los casos, se trata de operar *correcciones* en el sistema *digital* del complejo cuerpo-alma, percibido como un conjunto de informaciones codificadas.

Ése es, precisamente, el objetivo perseguido por drogas populares como Prozac, Lexotanil y Ritalina, que actúan sobre el sistema neurológico de los pacientes: reprogramar los circuitos electrónicos que comandan los cuerpos y las almas para obtener efectos inmediatos en el comportamiento. A pesar de las obvias diferencias con las terapias genéticas, la analogía no es gratuita porque ambas técnicas médicas integran el paradigma fáustico de nuestra tecnociencia y se basan en la misma idea de hombre. Una prueba de ese parentesco es el descubrimiento del "Prozac genético", ocurrido en un laboratorio

del Instituto Nacional de Salud Mental de los Estados Unidos. El genetista Dean Hamer relata su participación en esa investigación, según la cual el 32% de los seres humanos posee una versión diferenciada del gen transportador de serotonina, "que opera como un Prozac natural, reduciendo la ansiedad y la depresión".²⁷ Según el equipo responsable por el hallazgo, el 68% restante de la población mundial carecería de tal gen, y por tal motivo esos sujetos serían mucho más propensos a sufrir depresiones y crisis de ansiedad. Los investigadores lograron aislar el gen responsable y estudiar sus efectos en varias centenas de individuos, que antes se habían sometido a dos tests de personalidad. Luego procesaron todos los datos en las computadoras del laboratorio, con el fin de relacionar determinados rasgos subjetivos con la presencia o ausencia del gen en cuestión. Los resultados fueron negativos para atributos como franqueza, extroversión, cordialidad y agresividad, pero la aparición del gen demostró una altísima tasa de correlación con otra serie de características analizadas: ansiedad, estabilidad emocional y tolerancia al estrés. Como aclara Hamer: "precisamente los rasgos que deberían estar comprometidos si es que de hecho estábamos frente a un Prozac genético". El descubrimiento del gen y su fuerte correlación con tales factores, según los científicos involucrados, abrió el horizonte para el tratamiento genético de las depresiones leves.

²⁷ Dean Hamer y Peter Copeland, *op. cit.*, p. 182.

Considerando el éxito de una droga como el Prozac, el investigador estadounidense lanza la siguiente pregunta: ¿por qué tratar sólo los síntomas, si es posible eliminar la causa? Así se enuncia una posibilidad antes inédita: corregir de manera definitiva el "pequeño error de programación" en el código genético de las personas afectadas por trastornos como la ansiedad crónica y la inestabilidad emocional. Y aún es posible ir más lejos: si la propensión a una enfermedad –o a una "falla" de la personalidad– reside en una característica genéticamente hereditaria, ¿por qué no realizar una intervención en el embrión, que permita eliminar esa propensión en las generaciones presentes y futuras que puedan llegar a padecerla? Ésa es la propuesta de las terapias genéticas de línea germinal, que prometen diferenciarse de todos los dispositivos médicos del pasado gracias a su potencial para alterar la especie humana, afectando no sólo al individuo en tratamiento sino a toda su descendencia.

Mientras esta propuesta radical crece y se desarrolla en el útero de la tecnociencia fáustica, entonces, puede ser interesante observar lo que ocurre en el mercado de los psicofármacos. Millones de niños considerados hiperactivos o agresivos son tranquilizados todos los días con dosis variadas de Ritalina, mientras otros millones de personas en todo el mundo logran huir de la angustia de la depresión ingiriendo píldoras de Prozac o productos similares. Además, los especialistas calculan que alrededor del 15% de la población

mundial sufre de un nuevo mal: la compulsión al consumo, cuyos síntomas pueden controlarse con un remedio llamado Citalopram. Los números y algunos cuadros clínicos evocan de manera inquietante la droga "soma" –aquella que los ciudadanos de *Un mundo feliz* de Aldous Huxley tomaban regularmente para permanecer felices, calmos y políticamente pasivos– y remiten también a los dispositivos del tipo *dial-a-mood*, aparatos administradores del estado de ánimo que proliferan en la ciencia-ficción desde que el escritor Philip Dick los presentara en la novela inspiradora de la película *Blade Runner*. Las nuevas drogas, tan emblemáticas de la contemporaneidad, podrían verse como una variante de esos dispositivos programadores del alma. No es casual que estén generando enormes lucros para la industria farmacéutica y sigan seduciendo al público mundial, aunque todavía persista una sorda polémica: esos medicamentos se usan, en muchos casos y de manera creciente, para tratar cuadros que no son "patológicos" sino "normales".

Ocurre que las definiciones de *patología* y *normalidad*, como tantas otras, están atravesando turbulencias. Mientras tanto, el "dispositivo genético" se configura como una estrategia fundamental del biopoder: tras definir el contenido informativo del código considerado *normal*, todos sus desvíos se califican como *errores*. Así funcionan, de hecho, los *biochips*: aquellos microprocesadores que contienen fragmentos de ADN humano en su composición y se usan en los laboratorios para reali-

zar análisis genéticos, con la intención de detectar eventuales fallas en las moléculas examinadas en comparación con el material *normal* embutido en el chip. Así, las anomalías encontradas en el material genético se consideran defectos o errores en la programación, como si fuera un problema de tipo informático que puede (y debe) corregirse con la ayuda de herramientas digitales.

Si las fallas en el programa genético se definen a partir del desvío con respecto a la normalidad, es necesario preguntarse qué es *normal*. ¿Cómo se define, en este nuevo contexto, el estándar de normalidad? La respuesta es poco clara. Hay un consenso general acerca de que determinadas condiciones —tales como el cáncer, el mal de Parkinson, la esquizofrenia o la tuberculosis, entre otras—, son patológicas; pero es flagrante la falta de consenso sobre qué es, de manera asertiva, la salud. Los antiguos pares de oposiciones dicotómicas (salud/enfermedad, normal/patológico), que conformaron la perspectiva dialéctica en la tradición occidental, se están descomponiendo. Ya no existe una línea divisoria que separe nitidamente ambos términos de esos pares. También en estos casos, se ha esfumado la diferencia taxativa que regía las clasificaciones *analógicas* de la era prometeica. Donde impera la lógica *digital*, las variaciones posibles exceden a los dos integrantes del par dialéctico, de modo que en este nuevo régimen las posibilidades combinatorias son infinitas.

Para ilustrar este desvanecimiento de los límites otrora analógicos, fijos y claros entre los términos del

par normal/patológico, que está cediendo terreno a una serie infinita de gradaciones inspiradas en la lógica digital, puede ser útil recurrir a un ejemplo. En los años ochenta, dos empresas del área farmacológica y biotecnológica, Eli Lilly y Genentech, obtuvieron la patente para comercializar una hormona de crecimiento proyectada genéticamente. Se trata de hGH, un producto dirigido a un mercado sumamente restringido: unos pocos miles de niños que sufren de enanismo en los Estados Unidos. Para compensar la inversión destinada a la investigación y el desarrollo de la droga, esas dos empresas obtuvieron el monopolio sobre las ventas durante siete años. Pero hubo sorpresas: en 1991, el hGH se había convertido en uno de los remedios más vendidos en aquel país, y en uno de los mayores sucesos comerciales de toda la historia de la industria farmacéutica. El medicamento había superado su público destinatario y era consumido por niños que tenían una estatura considerada normal, e incluso por jóvenes deportistas que deseaban aumentar su masa muscular. Las empresas aprovecharon el éxito del producto genéticamente alterado y promovieron una campaña publicitaria entre los médicos e instituciones del área, con la intención de redefinir la baja estatura —que hasta entonces era considerada normal— como un tipo de enfermedad. El episodio provocó una pequeña polémica en el ambiente sanitario de los Estados Unidos y llevó a la representante del Instituto Nacional de Salud a justificarse alegando que esos

niños no eran exactamente “normales”: eran petisos “en una sociedad que ve esa característica como desfavorable”. De manera semejante, el exceso de peso fue decretado una especie de enfermedad por un órgano del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, de modo que los gastos en dietas y tratamientos para adelgazar ya pueden ser descontados del impuesto a las ganancias. Sin duda, se trata de importantes redefiniciones de términos como *normal*, *saludable* y *enfermo*.

Un investigador del área genética, el ya citado Dean Hamer (que además es autor del libro *The God Gene*, donde sostiene que la fe religiosa también estaría enraizada en el ADN), observa la problemática desde otro ángulo, lanzando sus cuestionamientos de manera desafiante: “¿Por qué no usar una droga con efectos en el comportamiento para mejorar los estados de ánimo? ¿Por qué soportar la melancolía, si tiene remedio? ¿Por qué tratar sólo los síntomas, si se puede arreglar la causa?”.²⁸ Renovar el aspecto físico, serenar los espíritus, mejorar el humor, apaciguar eventuales criminales; en todos esos casos, ¿de qué se trata? ¿De buscar la normalidad? ¿De curar enfermedades? “Pronto poseeremos la tecnología que nos permitirá criar personas menos violentas o gente *curada* de su propensión hacia la conducta criminal”, avisaba Fukuyama.²⁹ Al redefinir los criterios de normalidad —en un contexto en el

²⁸ Dean Hamer y Peter Copeland, *op. cit.*, p. 298.

²⁹ Francis Fukuyama, *op. cit.*, p. 33 (el destacado es mío).

cual el biopoder se cruza con la lógica del consumo y adquiere una nueva dinámica asociada al mercado—, la enfermedad también se redefine: es un error en la programación que debe ser corregido, para reactivar la salud del alma y del cuerpo (tanto individuales como colectivos). Ya no es necesario identificar un origen patológico para los síntomas: basta apenas verificar su distancia con respecto al modelo normal.

Además, hay otro factor importante: en los discursos de la ingeniería genética abundan términos como *propensión*, *probabilidades*, *riesgos* y *tendencias*. De hecho, la asociación de determinados genes con enfermedades y comportamientos específicos se basa fundamentalmente en cálculos estadísticos y probabilísticos. En el relato sobre el descubrimiento del Prozac genético, por ejemplo, se exponen las peculiaridades de esa metodología. “Conteniendo el aliento, observábamos los primeros resultados que aparecían en la pantalla de la computadora”: así comienza Hamer a narrar cómo su equipo constató la correlación entre los tests de personalidad de los sujetos examinados y la presencia o ausencia del gen estudiado en sus organismos. “Mirábamos el monitor, atentos a la aparición de estrellas; tal como aparecían los resultados estadísticos, dos estrellas (**) indicaban que ese resultado era significativo en el nivel $p < 0,01$, lo cual representaba menos del 1% en cuanto a posibilidades de ser una coincidencia casual”, continúa, y luego no ocultará su emoción ante el éxito del experimento: “mi cara se encendió en una gran sonrisa; no había un aste-

risko, no había dos, eran tres asteriscos: menos de una posibilidad en quinientas de que la correlación fuera un mero producto del azar”.³⁰

Es interesante comprobar que este apoyo en las leyes de las probabilidades y tendencias indicadas por los cálculos estadísticos posee un parentesco de larga data con la tecnociencia de inspiración fáustica, tal como Spengler la formulara originalmente. En esa definición también se encuadran, de alguna manera, las leyes del *quantum* que rigen la física postnewtoniana: “además de indiferentes a cualquier concepto cualitativo, sólo valen cuando son aplicadas a grandes agregados”, explica Luis Furtado en el prefacio al libro de Spengler, “no declaran contenidos lógicos, sólo revelan tendencias y probabilidades”.³¹ Porque las propensiones estadísticas son relativas por definición; eso significa que admiten la propia posibilidad de fallar, aunque sea en el despreciable grado de $p < 0,01$. En términos absolutos, no son verificables. Siempre existe la posibilidad, aunque sea muy remota, de que la correlación intuida entre un determinado gen y cierto atributo de los cuerpos o las almas sea producto del azar en los experimentos de laboratorio. De modo que el vínculo entre ambos factores podría ser inexistente, o apenas un espejismo numérico fruto de la casualidad.

³⁰ Dean Hamer y Peter Copeland, *op. cit.*, pp. 86-87.

³¹ Luis Furtado, “Prefácio”, en: Oswald Spengler, *O homem e a técnica*, *op. cit.*, p. 24.

A pesar de esa debilidad inherente al método probabilístico, nuestra sociedad ya registra mecanismos de discriminación basados en las tendencias inscritas en el genotipo de los individuos. Los análisis genéticos presintomáticos se usan para evaluar a la gente, como una previsión fiable —con toda la garantía y legitimidad del saber científico— de las *potencialidades* y *riesgos* que una persona podría presentar en el futuro. Al configurar “genotipos de susceptibilidad”,³² los tests de ese tipo constituyen un poderoso instrumento de control en términos de biopoder, cuyo uso se extiende cada vez más: desde las madres embarazadas hasta las compañías de seguros, pasando por la medicina prepaga, las más diversas instituciones gubernamentales, los empleadores privados y las escuelas. En un futuro próximo, posiblemente los tests e informes genéticos sean obligatorios. Ya hay varias propuestas legislativas de elaboración de bancos de datos genéticos de las poblaciones nacionales, así como pasaportes y tarjetas digitales de identidad que contengan muestras del ADN de cada individuo.

De todas maneras, no hay garantías sobre la posibilidad de que el “error” inscripto en el código genético de una persona se manifieste efectivamente en su organismo. Y suponiendo que eso ocurra, la influencia

³² Paul Rabinow, “Artificialidad e ilustración: de la sociobiología a la biosocialidad”, en: Jonathan Crary y Stanford Kwinter (comps.), *Incorporaciones*, Madrid, Cátedra, 1996, p. 211.

del medio podrá determinar sus diversos niveles de gravedad, que en muchos casos incluyen la posibilidad de tratamiento y cura. A pesar de las polémicas y de todas las complicaciones éticas y políticas del caso, el futuro de la medicina depende en gran parte de esas propensiones, de esas probabilidades denunciadas por los códigos informáticos que programan nuestros cuerpos. Como afirma Jeremy Rifkin en *El siglo de la biotecnología*: "los gigantes farmacéuticos están adquiriendo participaciones societarias y estableciendo acuerdos de investigaciones con las empresas que operan con el genoma humano, convencidos de que el futuro de las industrias médica y farmacéutica se apoyará en datos recolectados a partir de genes, características genéticas, predisposiciones y tendencias".³³

La meta primordial de una medicina que trata las enfermedades en términos de probabilidades, propensiones y tendencias no es sólo la cura –definida como la corrección de errores en el código que programa la vida de cada paciente– sino, principalmente, la *prevención de los riesgos* detectados en los análisis informatizados. Riesgos probables de enfermarse y de morir. Las medidas preventivas que fluyen a borbotones de las ramas fáusticas de la medicina contemporánea son poderosos instrumentos de biopoder, porque si bien no todos los individuos contienen errores destacables en sus códigos, absolutamente todos los seres humanos

³³ Jeremy Rifkin, *op. cit.*, p. 73.

tienen probabilidades, en menor o mayor grado, de enfermarse y morir. Por eso, las estrategias de biopoder que apuntan a la prevención de riesgos involucran a todos los sujetos a lo largo de toda la vida, con su *imperativo de la salud* y su amplio menú de medidas preventivas: alimentación, deportes, psicofármacos, vitaminas, terapias, etcétera.

Definida como *error probable*, como propensión y tendencia, la enfermedad se vuelve endémica. De allí la necesidad de que todos los individuos –definidos como consumidores– deban poseer un seguro de salud, que implica abonar una mensualidad obligatoria a las instituciones médicas durante toda la vida. Porque no hace falta que la enfermedad se manifieste, ya que se presenta como inherente y constitutiva de la especie humana. Y la propuesta de la tecnociencia fáustica consiste en eliminarla, transgredir ese límite característico de la especie. Pero para que el impulso fáustico pueda consumir su ambición infinita, antes deberá redefinir a todos los seres humanos como *virtualmente enfermos*. Acto seguido, apelará a sus roles de consumidores para ofrecerles la panacea que les permitirá superar su condición humana, demasiado humana: la posibilidad de planificar sus vidas potencialmente eternas, administrando constantemente sus riesgos, interviniendo tecnológicamente en la fatalidad del código y eliminando el carácter aleatorio del destino.

Un producto sumamente interesante de esas redefiniciones de normalidad, enfermedad y salud es la figu-

ra del *portador asintomático*, que ganó preeminencia con la propagación del virus del sida. El portador está enfermo, aunque *todavía* no presenta los síntomas de la enfermedad. Por tal motivo, su organismo encarna de la mejor manera posible la dinámica fáustica del biopoder. Es el modelo extremo de la subjetividad contemporánea, fatalmente marcada por la propensión a la enfermedad y a la muerte, y que justamente por eso debe luchar sin tregua contra su condena a la obsolescencia. La tecnociencia advierte: hay que conocer todos los detalles de la información contenida en las propias moléculas, para prever su probable desarrollo y administrar los eventuales riesgos que traen inscriptos.

El sociólogo Robert Castel publicó en 1981 un libro bastante visionario, denominado *La gestión de los riesgos*. Según sus investigaciones, en los años setenta empezó a procesarse una importante modificación en el campo de la psiquiatría, a través de una variada gama de mecanismos: desde la segmentación y administración diferencial de las poblaciones con diversos niveles de riesgo mediante medidas preventivas, hasta la propagación de "terapias para los normales", con estrategias inéditas de tratamiento de los problemas sociales atendiendo a las particularidades de cada individuo. Castel detectó, también, una renovada fascinación por las explicaciones biológicas o bioquímicas: "un cierto código genético en el origen de los trastornos psíquicos, la programación de protocolos de refuerzo de las conductas positivas y de eliminación de prácticas negativas por

medio de terapias conductistas". Paralelamente, se fue devaluando la tendencia opuesta, que atendía a "las totalidades concretas, personales, sociales o históricas", una modalidad terapéutica súbitamente acusada de subjetivista, precientífica e ideológica.³⁴

A medida que los saberes humanistas de inspiración prometeica ceden espacio a la tecnociencia de impulso fáustico, nuevas estrategias de biopoder establecen otras formas de dominación y nuevas modalidades de producción subjetiva. Para Castel, a todas esas prácticas las ampara un objetivo común: la propuesta de un nuevo modelo de humanidad, desprovisto de las profundidades del inconsciente, del compromiso social y del peso de la historia. La mutación también implica un decidido apego a los valores de mercado —como rentabilidad, eficiencia y *performance*— y la búsqueda de soluciones técnicas para todos los problemas (ya sean del alma, del cuerpo o de la sociedad). Junto con la decadencia de la fuerza biopolítica de las instituciones estatales y la diseminación de la lógica empresarial por toda la sociedad, se privilegian los resultados rápidos, tangibles y mensurables, de modo que los consumidores deben tener siempre a su disposición una amplia gama de servicios con buena relación costo-beneficio para que puedan escoger. Así, los nuevos saberes lanzan al mercado una serie de dispositivos de prevención, que permiten (¿u obligan?) a cada sujeto

³⁴ Robert Castel, *op. cit.*, p. 212.

administrar los riesgos inherentes a su información orgánica personal, conociendo sus propias tendencias, propensiones y probabilidades. Una información vital, dispuesta a ser descifrada y procesada mediante artefactos digitales, para diseñar las terapias preventivas más adecuadas a cada perfil.

En el camino abierto por Foucault y retomado por autores como Deleuze y Castel, por lo tanto, se detecta una transición hacia un nuevo régimen de poder: de la vieja vigilancia disciplinaria, pasamos a esta gestión privada de los riesgos, fruto de la generalización de las "terapias para los normales". Mientras se disuelve el sujeto de la sociedad industrial, otros modos de subjetivación empiezan a plasmarse en este flamante contexto. Castel resume así la nueva estrategia del biopoder: "movilizar a los individuos expuestos a sus propias limitaciones, para que asuman la exigencia de administrarlas". ¿Cómo? Convirtiéndose en *gestores de sí mismos*, sujetos que planifican sus propias vidas como los empresarios delinean las estrategias de sus negocios, evaluando los riesgos y tomando decisiones que apunten a maximizar su calidad de vida, optimizando sus recursos personales y privados, administrando las opciones según parámetros de costo-beneficio, *performance* y eficiencia. De ese modo, los sujetos contemporáneos enfrentan la tragedia fáustica de la propia obsolescencia, al asumir "las draconianas exigencias de la competitividad". Se trata de un escalón más en el proceso de privatización del destino: la salud se con-

vierte en un *capital* que los individuos deben administrar, eligiendo consumos y hábitos de vida, haciendo inversiones convenientes y calibrando los riesgos que éstas pueden implicar. Así, otra vez, la *lógica de la empresa* se expande por todas las instituciones y conquista nuevos espacios.

Porque en el mundo actual, parafraseando al famoso ejecutivo de la compañía Intel, Andrew Grove, sólo los paranoicos sobreviven. O sea: aquellos individuos que demuestran una capacidad inusual de adaptarse a los cambios constantemente exigidos por el capitalismo postindustrial de los flujos globales, aquellos que logran autoprogramarse siguiendo los veloces veredictos de la tecnociencia fáustica. En fin: sujetos eficaces, flexibles y reciclables. De este modo, las medidas preventivas y la gestión de los riesgos parecen dispuestas a sujetar las fuerzas vitales, y a encuadrarlas según las exigencias de la nueva formación sociopolítica y económica.

Esa mutación del biopoder, que minimiza las intervenciones terapéuticas directas en los organismos y opta por la prevención basada en propensiones, tendencias, riesgos y probabilidades, saca a relucir el concepto de *peligrosidad* elaborado por Foucault. Se trata de una noción igualmente relativa, estadística, que denota un nivel, un grado, un porcentaje. En vez de un dato absoluto o un hecho concreto calificado como peligroso, es una variable en relación con un promedio. En ese sentido, también se distingue de las viejas oposiciones dualistas del esquema normal/patológico, abriendo todo un

abanico de posibilidades que exceden al rígido par dicotómico. Ese concepto empezó a aparecer en las teorías occidentales sobre el derecho en el siglo XIX, ilustrando un cierto desplazamiento en las formas jurídicas de la sociedad industrial: una transición del *acto* al *ser*, de lo que se *hizo* a lo que se *es*. Según esta nueva perspectiva, el biopoder no apunta más hacia lo que el individuo *hace* (o *hizo*), sino a lo que él *es*. Una categoría bastante problemática, ya que incluye todo lo que el sujeto en cuestión podría llegar a hacer, todo aquello que es capaz de hacer. De modo que todos los individuos pasan a ser potencialmente peligrosos, en mayor o menor grado. La noción de peligrosidad los alcanza universalmente, durante todo el tiempo; de allí la necesidad de vigilancia permanente y de que todos interioricen la disciplina en la sociedad industrial. Esa transformación de las formas jurídicas ayuda a comprender una modalidad de funcionamiento intrínseca al biopoder: sus dispositivos no apuntan a los actos efectivamente consumados por determinados criminales, sino a las potencialidades del comportamiento de *todos* los individuos. En este sentido, la *esencia* de cada ser humano sería un dato estadístico que alude a su nivel de peligrosidad, a su potencial de desvío; es decir, a las tendencias y propensiones de cada sujeto.

Lo mismo sucede con otros términos predilectos de las nuevas estrategias de biopoder: todos los miembros de la especie humana tienen *probabilidades* de enfermarse y morir, todos poseen errores grabados en sus códigos,

todos están virtualmente enfermos, todos están condenados a la obsolescencia. Precisamente por eso, todos deben someterse a la *economía de los riesgos*, así como en la sociedad industrial todos los sujetos debían ser vigilados durante todo el tiempo, para poder encuadrarse en la normalidad. El objetivo real del aparato disciplinario y biopolítico, con toda su red de instituciones y técnicas de poder, no era penalizar las infracciones, sino corregir sus virtualidades: controlar la peligrosidad. La función del biopoder no consiste en *excluir* al criminal o marginar al sujeto que cometió algún delito, sino en su extremo opuesto: *incluir*, fijar a todos los individuos, amarrarlos al aparato de producción capitalista. Todo eso se logra con las técnicas disciplinarias y las reglamentaciones biopolíticas, en un complejo sistema de ortopedia social "dentro del cual nuestra existencia se encuentra aprisionada", como diría Foucault. Se trata de un mecanismo que controla firmemente lo que se *es*, para que ciertos *actos* nunca lleguen a ser consumados.

De manera semejante, aunque ligeramente desplazada por las convulsiones de las últimas décadas, hoy es obligación de cada individuo conocer sus tendencias y administrar sus riesgos. Es un tipo de autovigilancia privada que implica el deber de luchar contra el propio destino, superando los límites de la propia configuración biológica con ayuda de la tecnociencia fáustica. De esa forma, el biopoder propaga el imperativo de la salud y la vida eterna, en un esfuerzo por evitar que se manifiesten los errores inscriptos como probabilidades

en los códigos genéticos, tanto en los organismos individuales como en el cuerpo social. Esos imperativos incitan a la obsesión actual por el cuidado del cuerpo y por los estilos de vida saludables, fenómenos que algunos autores refieren como *bodyism* y *healthism*. Copiosamente promovidos en los medios, tanto en el periodismo como en la publicidad, tales mandatos llegan a adquirir tonos agresivos cuando recurren a métodos "terroristas", como es el caso de ciertas campañas y propagandas. Un buen ejemplo es lo que ocurre en países como Brasil y Canadá, que para prevenir las enfermedades derivadas del tabaco resolvieron hacer imprimir, obligatoriamente, imágenes explícitas sobre los maleficios del cigarrillo en los paquetes de todas las marcas comercializadas en sus territorios nacionales.

Otro ejemplo proviene de un lugar inesperado. Gunther von Hagens, el anatomista alemán que idealizó la exitosa exhibición *KörperWelten*, explica así la función instructiva de sus cadáveres expuestos en las salas de los museos: "muestro y comparo órganos sanos con otros que han padecido enfermedades, para que la gente tome conciencia de lo importante que es llevar una vida saludable".³⁵ Los pulmones de un fumador que murió debido a un enfisema pulmonar están entre las piezas más populares de la muestra, y Von Hagens se vanagloria de que la visión de esos estragos ha contribuido a que

³⁵ Flavia Costa, "Anatomía, o la belleza interior: entrevista con Gunther von Hagens", en *Clarín*, sección Cultura y Nación, Buenos Aires, 15 de diciembre de 2001, pp. 5-6.

muchos espectadores abandonen definitivamente el hábito de fumar. Así es como metabolizan el imperativo de la salud los sujetos tocados por las nuevas modalidades biopolíticas: asumiéndose como *gestores de sí mismos*, minimizan o maximizan los riesgos probablemente inscritos en su *predisposición genética*, al combinarlos con un *estilo de vida* saludable o peligroso.

En otra escena de este mismo drama, un psicólogo genetista de la Universidad de Harvard dio a conocer el resultado de sus investigaciones: los individuos con una elevada predisposición genética para la ansiedad y el miedo corren más riesgos de presentar comportamientos criminales violentos. De acuerdo con los estudios del Dr. Kagan, dentro de diez años los análisis genéticos deberán ser capaces de identificar quince niños con tendencias agresivas en cada grupo de cien, y es altamente probable que uno de ellos termine cometiendo un crimen violento en el futuro. A partir de estudios como ése fue diseñado un aparato de tomografía computada capaz de detectar la actividad cerebral con posible base genética en sujetos considerados violentos. Ese artefacto ya está en actividad: la Justicia de los Estados Unidos lo utiliza para determinar el grado de *peligrosidad* de los acusados, y su uso promete extenderse cada vez más, como una herramienta auxiliar para conceder o denegar la libertad condicional.

No hay veredicto más categórico y fatal, al menos en nuestra sociedad, que la comprobación científica lo que sea. La legitimidad del saber hegemónico otorga una suerte de inferioridad intrínseca al sujeto cuya programa-

ción genética contiene "errores", y lo condena a una especie de *subhumanidad*. Como ocurrió con las doctrinas y prácticas eugenésicas que algunas décadas atrás explicaban científicamente el racismo, ahora surgen otras formas igualmente "legítimas" de discriminación categórica. Se trata de la inferioridad científicamente comprobada, una tendencia bien ilustrada en la película *Gattaca*, dirigida en 1997 por Andrew Niccol. Esa ficción exhibe una sociedad en la cual los pocos ciudadanos que no fueron proyectados genéticamente son considerados *inválidos*. Y como tales, son discriminados por ser inferiores, ya que no cuentan con las ventajas de la planificación fáustica en su composición genética y en su futuro libre de fallas. El vocabulario es similar al que utiliza Paul Virilio en sus ensayos sobre la fusión de los cuerpos humanos con las más diversas tecnologías contemporáneas: con el término *válido* alude al hombre súper equipado con las prótesis teleinformáticas y biotecnológicas disponibles en el mercado, en un juego de palabras con el término *inválido*, que designaría a quienes permanecen con la obsoleta configuración biológica tradicional.

He aquí una advertencia de la tecnociencia de inspiración fáustica, en pleno proceso de formateo del hombre postorgánico: aquellos que no logren alcanzar la categoría de *posthumano*, sellando el pacto de trascendencia con las seductoras promesas y con los arduos imperativos de la tecnociencia contemporánea, estarán condenados a volverse *subhumanos*.